
Cultura, poder y política: configuraciones literarias de la servidumbre

Culture, Power and Politics: Literary Configurations of the Servant Class

JUAN PABLO GÓMEZ

Universidad Centroamericana, Nicaragua
juanpablo.gomez@uca.edu.ni

Resumen: Este trabajo interroga las funciones de la cultura en la restauración oligárquico-conservadora que vivió la sociedad nicaragüense entre 1910 y 1930. Analizo *Entre dos filos*, novela de corte costumbrista publicada en 1927 por Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, miembro de la hermandad masculina de los Caballeros Católicos y director del diario *La Prensa*. Como punto de partida, señalo que Chamorro Zelaya se sirvió del texto literario para proponer a la hacienda como modelo de autoridad con capacidad de garantizar paz social en el país. Asimismo, examino las configuraciones literarias de la servidumbre y, al respecto, postulo que su animalización constituye una estrategia del poder letrado para mantenerla en un estatuto de subordinación política y, así, negarle toda posibilidad de entrar en el ámbito del reconocimiento político. El texto literario integró a los sectores populares en su narrativa social con un signo negativo, lo cual hizo de la servidumbre su único espacio de vida útil y legítimo. Como contrapunto, el signo positivo radicó en la proyección de la moral hacendataria como la moral pública nacional.

Palabras clave: Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, oligarquía, literatura, hacienda, servidumbre

Abstract: This work examines the functions of culture in the oligarchical-conservative restoration that Nicaraguan society experienced between 1910 and 1930. I analyze *Entre dos filos*, a costumbrista novel published in 1927 by Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, a member of the male brotherhood of Caballeros Católicos and editor in chief of the newspaper *La Prensa*. I begin by pointing out that Chamorro Zelaya used the literary text to propose the hacienda as a model of authority with the capacity to guarantee social peace in the country. I analyze the literary representations of the servant class. In this regard, I postulate that the animalization of servants constitutes a strategy of the learned class to keep servants in a state of political subordination, denying them any possibility of entering the field of political recognition. The literary text integrated the popular sectors in its social narrative with a negative sign, making servitude their only useful and legitimate living space. As a counterpoint, the positive sign was based on the projection of *hacienda* morality as the national public morality.

Keywords: Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, oligarchy, literature, hacienda, servant class

Recibido: octubre de 2017; **aceptado:** diciembre de 2017.

Cómo citar: Gómez, Juan Pablo. "Cultura, poder y política: configuraciones literarias de la servidumbre". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 35 (2017): 26-41. Web.

Este trabajo forma parte de una investigación más ambiciosa que interroga las funciones de la cultura en la restauración oligárquico-conservadora que vivió la sociedad nicaragüense entre 1910 y 1930, aproximadamente, una vez finalizado el período de reformas liberales conducidas de forma autoritaria por José Santos Zelaya (1893-1909). La hipótesis metodológica es que la cultura constituye un archivo que contiene lo político –en su doble sentido: de contenido y de sostén–. Por tanto, el interés por analizar producciones culturales sirve como estrategia de captura de los rasgos generales del proyecto político que la oligarquía conservadora desarrolló, unas veces con más éxito que otras, durante el período ya señalado. El archivo cultural –y esta es mi tesis de trabajo– es una puerta de entrada para conocer el modelo de sociedad con el que la oligarquía conservadora disputó la hegemonía social, en el sentido gramsciano de liderazgo intelectual y moral, a su principal adversario: la modernidad norteamericana que se abrió paso en el país desde la firma del pacto Dawson en 1910.

Diferentes formatos culturales sirvieron al sujeto oligárquico-conservador. Aquí elijo la literatura y, como muestra, analizo *Entre dos filos*, novela de corte costumbrista publicada en 1927 por Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, miembro de la hermandad masculina de los Caballeros Católicos y director del insigne diario del conservadurismo *La Prensa*. Chamorro Zelaya también ocupó la posición de senador en 1925 y, según las investigaciones de Michel Gobat, fue durante el ejercicio de este cargo que escribió la novela en cuestión. El mismo Gobat analiza sucintamente la novela de Chamorro Zelaya en su reconocido trabajo *Enfrentando el sueño americano*. Al respecto, señala que la obra causó impacto al ser publicada, puesto que líderes conservadores elogiaron al autor por su “fiel descripción de nuestras costumbres” y por su capacidad de “expresar y sembrar un hermoso espécimen de lo Nacional” (340). Asimismo, afirma que *Entre dos filos* es la obra que “mejor ilustra la manera en que la élite conservadora intentaba presentarse como la antítesis del capitalista moderno” (340). Lo dicho por Gobat reafirma lo señalado en el párrafo anterior: que el antagonismo político se manifestó en la correlación de fuerzas entre modernización norteamericana y proyecto oligárquico-conservador de corte antiamericano, y que esta pugna quedó archivada en la literatura¹.

Tanto en *Entre dos filos*, como en otras novelas de la década de 1920 que merecen ser analizadas en futuras investigaciones, localizo el compromiso político del texto literario, en lo particular, y de la cultura, en lo general, con el proyecto político de la oligarquía conservadora. Veo la literatura, en consecuencia, como estrategia de poder y tengo, como iluminación, esta tesis de Michel Foucault: “la literatura funciona como un signo esencialmente social” (91).

Significar la esencia de lo social, como sugiere la cita de Foucault, fue justamente el propósito de Chamorro Zelaya al escribir *Entre dos filos*. Aunque

¹ Gobat también argumenta que, a pesar del tono anticapitalista y antimoderno de su novela, Chamorro Zelaya tenía inversiones personales en los sectores económicos más asociados con el capitalismo y la modernidad: café, azúcar y bananos (ver 340).

una revisión de las fuentes periódicas de las décadas de 1910 y 1920 indica que los productores de opinión pública de la oligarquía conservadora demonizaron la novela como género cultural, al señalar que era transmisora por excelencia de ‘costumbres peligrosas y amenazantes’, es indiscutible que la oligarquía necesitó del poder de la literatura para elaborar y difundir su propuesta política. Ilustrados del conservadurismo optaron por la novela como el género indicado para divulgar sus diagnósticos sociales. Así, ficcionalizar la sociedad operó realmente como una especie de análisis sociopolítico y la novela como género en el que se elaboró un pensamiento social más que una propuesta estética.

Entre dos filos es un ejemplo destacable de lo señalado. En las líneas introductorias a la novela, el autor confiesa su inclinación etnográfica más que estética. Al reflexionar sobre su labor, declara que se ocupó más por “describir costumbres que hacer un romance, más a definir caracteres que a tramar un enredo amoroso” (5-6). Ya aquí se notan elementos notorios del análisis social: observación, descripción, definición e interés por cómo las relaciones sociales configuran las personalidades y el comportamiento colectivo. Además, la constitución de costumbres y hábitos sociales. Todo esto encuentra más espacio e interés que la trama amorosa, aun si esta ocupa algún lugar en la historia o sirve como excusa para menesteres de mayor importancia.

Además de señalar la relación entre conocimiento e interés en el ánimo literario de Chamorro Zelaya, me interesa añadir un componente clave de mi trabajo. En la cultura oligárquica, el interés por observar, describir y definir está anudado a la fabricación de la otredad que, como ya se sabe, adquiere rasgos particulares en sociedades con pasados coloniales, como la nicaragüense. Investigaciones destacadas sobre la historia de la literatura nicaragüense dan continuas pruebas de ello. En *Primer inventario del invasor*, por ejemplo, Ileana Rodríguez muestra sistemáticamente cómo la descripción asegura la toma de posesión de aquello descrito, supuestamente descubierto (ver 18).

Hacienda y moral de autoridad

Entre dos filos se desarrolla en dos escenarios sociogeográficos. El primero es la ciudad de Granada, espacio citadino en que residen los dos personajes principales de la historia: Robustiano Robles y Álvaro Carvajal. La novela bien puede ser leída como la puesta en escena de una abierta competencia entre masculinidades de las elites nicaragüenses por definir cuál era el tipo de hombre destinado naturalmente a gobernar la sociedad en las primeras décadas del siglo XX. Visto así, Robles representaba al núcleo de los varones liberales, mientras Carvajal al de los caballeros católicos conservadores.

Necesario es advertir que el autor de la novela no es neutro en estos antagonismos. Como antes anoté, Chamorro Zelaya formó parte del liderazgo político, intelectual y moral de la oligarquía conservadora. Obviamente, su posición influyó en el ánimo descriptivo de cada uno de los personajes. No obstante, si bien son claras las diferencias políticas entre Robles y Carvajal, ambos gozan de un estilo de vida en común: a sus residencias citadinas de aires coloniales suman la tenencia de una hacienda en las afueras de la ciudad.

La hacienda es el segundo y más importante espacio sociogeográfico en que transcurre la novela. “Por su aspecto grandioso y vetusto, una reliquia que toca con los tiempos más remotos del coloniaje español” (37), dice Chamorro Zelaya, las haciendas tienen una arquitectura social seductora para el análisis cultural: es casa de habitación y, a la vez, de producción y trabajo; de atracción y alojamiento de población trabajadora. En el texto de Chamorro Zelaya, mientras una parte de la hacienda está destinada para la “vida familiar” de las familias Robles y Carvajal, la otra se reserva a las labores de ganadería, al cultivo de cacao y el necesario alojamiento de los trabajadores (ver 38). Véase cómo Chamorro Zelaya, letrado conservador, se refiere a la hacienda:

Los alrededores de Nandaime están cultivados en su mayor parte de haciendas de pasto y cacao. Estas sobre todo han sido siempre objeto de atención de ricos agricultores que muchas veces ocuparon aquellas estancias no solo como medio de allegar riquezas, sino como parte de su solar, y más de una vez buscaron refugio en ellas contra los quebrantos pecuniarios y las persecuciones políticas. Las estimaban como sus propias casas y veían en ellas no ya una heredad lucrativa, cuanto una prenda de afección. Allá se iban en las épocas de calores, pasaban largas temporadas y los que ahora somos hombres recordamos casi toda nuestra niñez vivida en aquellos bosques limpios, frescos y florecientes, semejantes a aquellos que los antiguos aztecas, según dicen las historias, cultivaban en Tezcoco y Chapultepec. (35-36)

En la cita se nota cómo la hacienda es un signo cultural que coloniza el territorio y la actividad productiva. El signo hacienda destaca, casi de manera exclusiva, cuando la mirada de Chamorro Zelaya pasa revista al espacio sociogeográfico de ‘los alrededores de Nandaime’. La intervención cultural del autor refuerza, en consecuencia, la apropiación privada y productiva del espacio territorial que las elites nicaragüenses impulsaron como la única vía hacia el progreso y que, como se sabe, generó un sistema económico de monocultivo y de alta dependencia a los vaivenes y necesidades internacionales.

La cita indica una articulación entre política, economía y cultura. La política opera como imaginario, línea de fuerza que se materializa en un modelo económico —de “progreso”—. La cultura vehiculiza el modelo para su consecuente apropiación y conversión al sentido común. La intervención de Chamorro Zelaya es de carácter cultural, aún si es evidente su participación en las otras dos dimensiones, como periodista, líder intelectual y político del conservadurismo nacional. Aquí no puedo ocuparme de estas facetas de la biografía de Chamorro Zelaya. Me concentro, eso sí, en señalar que la elaboración cultural de la hacienda es importante de analizar, puesto que opera al nivel de la creación de significados y su naturalización social. Como bien señala al respecto Antonio Monte en *Paisaje/Sujeto/Nación*, la configuración letrada del espacio como propiedad privada “define lo que existe [...] todo lo que no comprenda este orden de propiedad está afuera, no existe” (71). Eso es exactamente lo que Chamorro Zelaya logra en su elaboración cultural de la hacienda: hace de la hacienda un signo espacial concentracionario y subordinador de cualquier otro elemento social y/o natural.

Monte también llama la atención sobre la complicidad entre la elaboración del paisaje —como el de la cita anterior— y los modelos de progreso y desarrollo. Lo cito: “la descripción del paisaje muestra cómo las elites trabajan, alteran y dan sentido al paisaje nicaragüense en función de un modelo de desarrollo” (62). Su señalamiento a las elites me permite referirme a la posición interesada que, ya señalé, tuvo Chamorro Zelaya en la descripción que hace de las haciendas. Él fue un ilustrado comprometido con la hacienda como signo cultural, tanto en su dimensión público-productiva como privada-afectiva. Con regocijo, reconoció formar parte de una hermandad —Monte los llama hombres-elite— que pasó parte de su niñez en las haciendas y que la consideran prenda de afección y no lugar de trabajo.

Además de la hermandad de clase, hombre-elite, Monte señala la identificación entre los modelos de desarrollo —en este caso la hacienda— con el reforzamiento de una hermandad de género. Como ya se vio en la cita, Chamorro Zelaya se adscribió, con afán de rememoración y afecto, a una hermandad de hombres que pasaron buena parte de su niñez en las haciendas: “[...] y los que ahora somos hombres recordamos casi toda nuestra niñez vivida en aquellos bosques limpios [...]” (35). En vista de lo anterior, se puede hacer propia la afirmación de Monte cuando dice que “el discurso del modelo de desarrollo sustenta discursivamente una estructura de poder patriarcal en Nicaragua” (66). Desafío para futuros análisis es explorar con mayor detalle qué responsabilidades ha tenido la hacienda, como signo cultural, en la (re)producción del patriarcado en Nicaragua.

El lazo social que vincula a una hermandad de hombres-elite con la hacienda, dentro de quienes se cuenta Chamorro Zelaya, es económico y afectivo, pero claramente no laboral. La cita analizada posiciona ambos vínculos. Los agricultores se interesan por las haciendas como medio de “allegar riquezas”, así como un objeto de estima, “prenda de afección”. El lazo social de memoria también confirma mi afirmación. La hacienda es rememorada como “bosques limpios, frescos y florecientes”, prácticamente un paraíso terrenal. Cito nuevamente a Monte porque su investigación enseña que se debe dudar profundamente de las narrativas del paraíso, como resulta ser la hacienda para los hombres-élite. Su investigación, como la mía, llama la atención sobre la posición del sujeto que elabora este discurso. En el caso que aquí se estudia, Chamorro Zelaya es la pluma comprometida de la familia hacendataria.

Paz social hacendataria

Chamorro Zelaya se sirvió del texto literario para elaborar una moral de autoridad sostenida sobre la hacienda que, como ya indiqué, señalaba: un núcleo primario de vida social, quiénes constituían ese núcleo y, lo que más interesa, quién debía mandar, quién obedecer y cómo preservar lo uno y lo otro. Tomo el concepto de moral de autoridad de Alexander Kòjeve y por este entiendo un conjunto de reglas que sujetan el comportamiento individual y social con el fin

de servir de soporte a la autoridad. La moral de autoridad indica que es “necesario hacer para adquirir o mantener (es decir, ejercer) la autoridad de un tipo dado” (36).

En el capítulo de la novela dedicado a las haciendas, Chamorro Zelaya tiene un gesto de remembranza nostálgica sobre un momento de la historia en que, según él, la hacienda fue el principal núcleo de organización de la vida social —¿está hablando del régimen colonial?—. Veo en esta cita la constitución de una moral de autoridad que gravita alrededor de la hacienda. Si bien Chamorro Zelaya la usa para referirse a un tiempo pasado, su afán es traerlo al presente como contrato virtuoso y modélico que puede brindar paz social en la Nicaragua de 1920. Obsérvese la cita:

[En las haciendas] Vivían las familias en contacto con el pueblo que llegaba a cultivar la tierra, sin acentuar mucho las diferencias de clases, ni interponer las profundas simas que separan y a veces enemistan, viniendo todos a formar como una sola y grande familia que daba colorido de patriarcal a aquella vida social del campo. Vivían los amos disfrutando honestamente y en santa paz lo que era suyo, sin que la envidia ni la codicia fueran sabedoras de tanta dicha, ni intentaran estorbar aquel santa derecho; y los que trabajaban, después de cobrar su justo salario, se iban a sus casas bendiciendo el nombre del buen patrón y dando gracias a Dios que les proporcionaba el pan nuestro de cada día. Aquellos ayudaban a estos, apadrinaban a sus niños pequeños y enseñaban a los más grandes, recogían a las mozas y las adestraban en las ocupaciones domésticas; y cuando alguno de los ancianos llegaba a la decrepitud sin auxilios, el patrón le daba la mano procurándole una ocupación sencilla para quitar al salario todo sabor de limosna. Estos en cambio daban su trabajo, recogían su ganancia y guardaban como precioso deber el respeto y la consideración nacidos espontáneamente de ver que sus amos cumplían con sus obligaciones y eran justos en sus derechos. (36)

Al terminar el idilio en torno a la hacienda, Chamorro Zelaya, en su voz de narrador y analista social, comenta que este corresponde a un pasado que ya no existe más. “¡Cuánto han cambiado aquellos tiempos!”, señala el autor; “aquellas costumbres patriarcales y buenas” (37), subraya. El uso del pasado, en este caso de la paz social hacendataria, en aras de crear mitos sociales y potenciar un proyecto político parece ser característico de la oligarquía conservadora local. En otro trabajo he analizado cómo las intervenciones intelectuales de la elite letrada elaboran una narrativa en torno al pasado con afán de control del presente².

Gobat incluye la cita de arriba en su análisis de *Entre dos filos*. Ve en ella un ejemplo del valor positivo que los Caballeros Católicos depositaron en la hacienda, como “símbolo de igualitarismo, justicia social y valores cristianos” (338). Por mi parte, encuentro que esta cita contiene una reglamentación que sujeta el comportamiento individual y social para que sirva como soporte de un tipo específico de autoridad: la hacendataria. Incluso, la cita en cuestión puede ser considerada como la base operativa de la moral de autoridad hacendataria. Esta moral está dictada y regida por los patrones, quienes tienen derecho al

² Desarrollo este asunto en mi análisis del núcleo cultural de los Reaccionarios en la década de 1930. Cfr. Gómez.

disfrute y paz de sus tierras. Esto dicta una obligatoriedad de respeto hacia este orden por parte del otro actor del lazo social, “el pueblo”, que no tiene tierra, pero requiere de ella para sobrevivir. A cambio del respeto a las posesiones de los patrones, “el pueblo” tiene derecho a un salario, lo que significa tener asegurada su sobrevivencia.

El contrato que extrae Chamorro Zelaya del mito de paz social hacendaria transita entre lo laboral y lo cultural. Mediante este contrato, el pueblo no queda obligado únicamente a prestar su trabajo y respetar el principio de propiedad privada bajo el cual se rige la hacienda. También, debe “bendecir”—nótese el vocabulario religioso—el nombre del “buen patrón”. Esto es el establecimiento de un principio de autoridad, de mando. Sería limitado, en consecuencia, afirmar que para Chamorro Zelaya la hacienda representó únicamente un espacio laboral. Más que ello, constituyó un núcleo político: matriz de orden, jerarquización y distribución del poder en la sociedad.

Evidencia del carácter político de la hacienda es el establecimiento de estructuras de distribución de poder y reproducción social como el compadrazgo. En la cita analizada se estipula, como parte del pacto hacendatario, que los patrones deben cuidar de los hijos de los trabajadores. En sus estudios sobre el campesinado salvadoreño, Segundo Montes señaló la relevancia de la estructura del compadrazgo en América Latina y algo notable para mi análisis: que el compadrazgo es “un mecanismo social de ampliación de las relaciones familiares a un círculo mayor, no solo en el orden social, sino también económico y político” (277). Para Montes, el compadrazgo es un tipo de relación sociocultural de rasgos coloniales indicadora de concentración de poder político, al promover relaciones de carácter vertical enmascaradas de cierta reciprocidad. Mientras el padrino representa una alianza con capacidad de proporcionar seguridad, obtiene a cambio una promesa de lealtad laboral y moral por parte de la familia apadrinada. En el caso de la hacienda, es una garantía de respeto a la moral de autoridad hacendaria y, a la vez, una estrategia de reproducción laboral y social.

El vínculo hacendatario trata de asegurar la subordinación del ‘pueblo’, de los trabajadores. En ello, la cultura juega un papel relevante. La elaboración narrativa de la hacienda como un mito de paz social y un núcleo de distribución de poder es ejemplo claro de ello. Allí aparece la figura del patrón, merecedora de todo respeto y consideración laboral y moral. Pero la literatura también configura las identidades en subordinación, las del sujeto-pueblo, y esto es indispensable como soporte social de la autoridad hacendaria. Como se verá a continuación, estas configuraciones literarias cumplen el rasgo típico de los discursos de poder: requieren de un ‘otro’ para afirmar, sobre su deshumanización, un orden de autoridad.

Autoridad y servidumbre

En este acápite, analizo la elaboración literaria de la servidumbre. Sobre todo, cómo habló de este sector del sujeto-pueblo Chamorro Zelaya y qué papel les asignó en el orden hacendatario son las preguntas que trato de responder. En-

tiendo servidumbre como las identidades socioculturales que tienen en común recibir órdenes y servir de soporte laboral y moral al patrón. Como se vio en el apartado anterior, la servidumbre está definida por un lazo de servicio y lealtad (extra)laboral.

La configuración literaria de la servidumbre juega un papel significativo en la reglamentación establecida por la moral de autoridad. Especialmente, es importante recordar la necesidad de asegurar un soporte, en este caso ocupado por el sujeto pueblo, para que la autoridad hacendaria pueda funcionar como tejido social. Sin las identidades-soporte, no hay posibilidad de autoridad efectiva. Sin un lazo de sujeción a la autoridad de la hacienda, esta última no puede operar como signo cultural.

Mi primer caso de estudio es el de un criado. Portador de un nombre muy sugerente, “Chico Nicaragua”, en el universo costumbrista de la novela de Chamorro Zelaya, forma parte del cuerpo de trabajadores al servicio de Robles, hacendado ricachón, pero de escasas luces que se lucraba desmedidamente a través de préstamos que hacía con intereses excesivos a personas necesitadas. En términos populares, Robles era un usurero. Residía en Granada, en una casa cuya “edificación recordaba los tiempos coloniales” (20). Sin embargo, políticamente, Robles no era conservador sino liberal. Resumía el prototipo del liberal de la época que, al menos en su retórica pública, abogaba por el estado y la educación laica, el unionismo centroamericano y el matrimonio civil.

Obligatorio es mencionar que, como he venido señalando, la descripción que elabora Chamorro Zelaya de Robles no es en absoluto neutra. Está marcada por la tensión entre conservadores y liberales. Mucho material podríamos extraer al analizar la configuración literaria de Robles hecha por Chamorro Zelaya, puesto que representa su adversario político. Sin embargo, mi interés aquí no es analizar cómo las elites hablan de sí mismas sino cómo se refieren a sus criados.

“Chico Nicaragua” trabajaba en la residencia citadina de Robles. También ejecutaba órdenes en su hacienda, ubicada en los alrededores del municipio de Nandaime. Normalmente, Robles se sentaba en el escritorio de su biblioteca personal para escribir notas de asuntos pendientes de la hacienda, más que para leer o escribir. Una escena en particular permite ver cómo describe el autor a “Chico Nicaragua”:

Cada una de estas órdenes, con sus correspondientes faltas de ortografía, las iba entregando a un hombre que estaba de pie junto a él. Era éste gordo, bigotudo y negrote; con una nariz chata que parecía arrancarle de los pómulos, extenderse por toda la cara y formar en el centro una ligera tumefacción. Para parecerse a su amo, cinchaba su enorme abdomen con una faja ancha y negra de la que prendía un tahalí con su revólver. Vestía camisa blanca, pantalón de manta azul y cueras de vaqueta que el agua y el sol habían vuelto negras.

—Chico, esta orden se la entregas al mandador de Santa Bárbara ¿oyes? Quiero que la hacienda esté bien limpia y arreglada para ahora que venga Angelita.

—Si patrón, pierda cuidado. Yo mismo veré que se haga todo como usted quiere. (28-29)

Aunque la escena se produce en un espacio citadino, la casa de habitación de Robles en Granada, las órdenes se dirigen hacia la hacienda, de nombre Santa Bárbara. Para la ejecución de sus mandatos de hacendado, Robles cuenta con los buenos oficios de su criado. La demarcación de la frontera entre el sujeto que manda, Robles en este caso, y el que obedece y sirve, “Chico Nicaragua”, es clara y está proyectada al menos de dos maneras. Narrativamente, por la distinción entre quien escribe las órdenes y quien está a la espera de las mismas para cumplirlas. Y visualmente, por la posición que ocupa cada personaje en la escena. Mientras Robles escribe sentado en el escritorio de su biblioteca —cuestión que, según cuenta Chamorro Zelaya, solo hacía fugazmente puesto que ocupaba su biblioteca no como intelectual sino como hacendado— ‘Chico Nicaragua’, el criado, se mantiene de pie a la espera de que el patrón manifieste su voluntad y él asuma su debido cumplimiento.

Como se puede ver en la cita anterior, la descripción que Chamorro Zelaya elabora de “Chico Nicaragua” es notoriamente racial y corporal. Físico y color de la piel son la piedra de toque para describir al criado, de quien se dice es “gordo, bigotudo y negrote”. De especial interés en la configuración de su identidad es el acercamiento visual sobre su nariz, pues se plantea su progresiva expansión hasta casi arrancarle los pómulos, extenderse por toda la cara y formar en el centro una tumefacción. Una tumefacción es una hinchazón, el aumento del volumen que se forma en una parte del cuerpo; en este caso, en el rostro del criado, la parte más visible de su cuerpo.

Clínicamente, una parte del cuerpo puede hincharse como reacción a heridas, infección o enfermedad. Visto así, la configuración literaria de “Chico Nicaragua” tiene tres registros de composición: sociolaboral, como criado; racial, como negrote, y médico, como tumefacción. Al cambiar de registro, su carácter de persona y su potencial político como sujeto social, ciudadanía, va mermando. Es mucho más persona como criado que como tumefacción, y mayor capacidad de deliberación pública tendría como sujeto trabajador que como hinchazón corporal. Sin embargo, aunque su personaje emerge en la novela como trabajador, criado de Robles, el carácter extra laboral de su identidad aparece con premura y restan peso político a su identidad laboral. Por otro lado, la racialización sirve como tránsito a su animalización. El carácter de la descripción deja entrever el ánimo del autor en animalizar o en caracterizar como un monstruo.

Esta operación, desde mi perspectiva, está muy ligada o trasciende del ámbito literario y se suma a un ánimo político global en el que la política se juega en el cuerpo y este sirve como ámbito para definir lo que autores como Hard y Negri han llamado inclusiones jerarquizadas. La monstruosidad y animalización a la que se acerca el perfil del criado sirve para marginar su presencia a una existencia menor, espacial y políticamente. Al respecto, tomo como apoyo las reflexiones de Daniel Link sobre enfermedad y cultura y cómo la política del monstruo es una de las producciones de dicha intersección. Link señala lo siguiente:

El monstruo humano, dice Foucault, constituye el límite o umbral, el punto de derrumbe, la excepción de lo natural pero también del sistema jurídico. El monstruo “combina

lo imposible y lo prohibido”: “a la vez viola la ley, la deja sin voz”. El monstruo es el principio de inteligibilidad de todas las “pequeñas anomalías”. Así, lo monstruoso se vuelve metáfora de la enfermedad. (250)

Lo monstruoso se vuelve metáfora de la enfermedad. Visto desde aquí, la descripción literaria, al centrarse en el cuerpo y la raza, logra transitar del campo de la servidumbre, el estatuto de criado, al campo de la monstruosidad –al señalar la tumefacción– y, de este, a la enfermedad. Esta es una operación cultural que produce una otredad.

Ahora bien, el segundo caso de estudio sobre la configuración literaria de la servidumbre es Tano Montes, mandador de campo de la hacienda San Jacinto, propiedad de Carvajal. A diferencia de Robles, Carvajal y su familia son conservadores y serios protectores de la cultura católica. Para sumar otro asunto a las diferencias con Robles, mientras este último es caracterizado como un hacendado de pocas luces, que usaba su biblioteca para llevar las cuentas de su hacienda, Carvajal es representado como un hombre “de buena inteligencia, cultivada con disciplinas mentales y sabrosas y constantes lecturas” (70).

Claro está que Carvajal reúne las expectativas que el conservadurismo depositó en sus caballeros, hacendados y letrados –el orden es importante–. Aquellos llamados a continuar con las “costumbres buenas y patriarcales” de sus antepasados. También, aquellos líderes políticos que, en la segunda mitad de los años veinte, tuvieron el reto de adaptar el mito de la paz social, que a su parecer brindó la hacienda colonial, a la Nicaragua de entonces. En otro momento de mis investigaciones, podré analizar con mayor detenimiento la cultura de género del liderazgo político conservador. Aquí, debo seguir concentrado en el mandador de campo de la hacienda de los Carvajal, Montes, quien es representado en un primer momento como trabajador modelo. De él dice Chamorro Zelaya: “era un mozo de veinticinco años, de buen porte, de músculos recios y corazón blando” (40). A diferencia de “Chico Nicaragua”, de quien era necesario desplazarse del vocabulario socioracial al médico, de la enfermedad, para describirle, en el caso de Montes el cuerpo encuentra un signo positivo: buen porte y músculos recios, como un soldado. La dureza que las virtudes físicas podían imprimir a su personalidad disminuía con su “corazón blando”. Así, Montes parece ser el mandador de campo ideal: es joven, con el cuerpo óptimo para la dura demanda laboral de la hacienda. A la vez, tiene sentimientos. La cita que sigue confirma el carácter ideal de Montes y su identidad-soporte de la moral de autoridad hacendaria:

[Tano Montes] Servía a sus patrones con la abnegación y fidelidad de un perro, listo siempre hasta dar la vida por ellos. Su oficio en San Jacinto era el de *Mandador de Campo*, lo cual quiere decir que era el jefe y señor de la ganadería de la hacienda. (40)

Además de las virtudes físicas, esta cita suma a Montes un conjunto de virtudes laborales y morales hechas a la medida del mito de la paz social hacendaria: abnegación, fidelidad y sacrificio. La abnegación y la fidelidad no solo se demandan en términos del trabajo, sino también en la moralidad. Al cumplir con la demanda moral de abnegación y fidelidad a su patrón e, incluso, estar

dispuesto a sacrificar su vida por este, su identidad sirve como soporte moral de la autoridad del patrón.

Pero aquí no acaba la configuración identitaria de Montes. Lo que resulta de mayor interés para mi tesis de trabajo de que el texto literario funciona como estrategia de poder es el hecho de que Montes contiene una potencial amenaza al orden hacendatario. En palabras de Chamorro Zelaya, “la debilidad de su criado” (72) era el consumo de licor. Esto era causa suficiente para que el hombre abnegado y de corazón blando se transformara de una forma tal que desconocía todo vínculo de autoridad, incluido el de su patrón.

Aquí se vuelven a encontrar registros múltiples en la configuración literaria de la servidumbre. Si en el caso de “Chico Nicaragua” se produce a través de su alteración física en una tumefacción, en Montes se produce a través del consumo de alcohol. Solamente así se podía explicar que un siervo abnegado y fiel, como un perro, se rebelase. La siguiente cita puede tomarse como archivo que constata lo señalado:

Conocía Alvaro muy bien la debilidad de su criado, y que el licor lo llevaba fácilmente de la alegría a la furia y de la furia a ser peligroso. Tano se alegraba con el primer trago, y antes que nadie, lo conocía el caballo que montaba con espolazos, azotes, arrendadas y todas las piruetas de su repertorio jineteril. (73)

En la narrativa de Chamorro Zelaya, el consumo de licor provoca que el trabajador modelo, que se ocupa jubiloso de la hacienda, se transforme, primero, en un hombre lleno de furia y, posteriormente, en un peligro y amenaza social. Como quien bebe una poción mágica, después del primer trago Montes ya es un hombre violento y el primero sobre quien descarga su furia es su propio caballo, a quien propina espolazos y azotes.

Llamativamente, quien mejor conoce la debilidad de su criado es su patrón, Carvajal. En un cuadro de costumbre situado durante las fiestas de Santa Ana en el municipio de Nandaime, Carvajal y Tano salen juntos, cada uno en su caballo. Antes de salir a las fiestas del pueblo, Carvajal le dice:

—Cuidado Tano, con echarte tragos.

—No hay cuidado con eso, patrón —contestó Tano sonriendo—. (72)

Este conocimiento que tiene el patrón sobre su trabajador, y la consecuente protección y prevención que intenta brindar, es sugerente de subrayar en la narrativa de Chamorro Zelaya, puesto que indica que la cultura oligárquica depositó en los patrones la potestad de vigilar y controlar a la servidumbre y, al conocer de antemano sus debilidades, proteger a la sociedad de la amenaza que las mismas representaban. Desde esta perspectiva, la novela no solo tiene la intención de describir costumbres y patrones de comportamiento. También, tenía un propósito pedagógico de poner en común la obligación de vigilar y controlar a la que estaban llamados a realizar los patrones. En la cita que sigue, Chamorro Zelaya explica en detalle la transformación de Montes al ingerir licor:

Lo grave del primero era que el próximo se llamaba segundo, y el otro tercero, y así iban en *crescendo*, en proporción geométrica, los tragos con la alegría, hasta que llega-

ba aquello a castaño oscuro. Entonces, que no le mirara nadie de cierto modo, porque allí estaba Tano Montes que era muy hombre y se rajaba con cualquiera; y que no tratara nadie de llevarlo a su casa, a dormir la zorra, porque él se resistiría y armaría pelotera con los que lo intentaran; y que en el pleito no se metiera nadie, ni su patrón, pues ¡qué patrón ni qué nada! Él también corría peligro si se ponía a filo. (73)

Como se evidencia, lejos de esta descripción está el trabajador fiel y abnegado. Predomina, en cambio, la ilustración de Montes como un sujeto que desconoce por completo las normas de convivencia social —establecidas por la moral hacendataria—. Monte se transformaba en un hombre violento, irracional, pleitista y, sobre todo, violador de cualquier tipo de autoridad y aun de la más importante de todas: la de su propio patrón. Como bien señala la cita, Montes era otro: un peligro para toda la sociedad, incluso para su propio patrón, a quien prácticamente debía agradecer su trabajo y su vida. La frase “¡Qué patrón ni qué nada!” sintetiza el desconocimiento al vínculo de autoridad del patrón y del orden hacendatario. Quizá este era el mayor temor para la oligarquía conservadora.

Al faltar a su promesa de no tomar durante las fiestas de Santa Ana, Montes se pasó de tragos y en plena plaza central del municipio, y puñal en mano, perseguía a “Chico Nicaragua”. Obsérvese la escena completa:

[Tano Montes:] Yo lo que quiero es encontrarme con ese bandido de Chico Nicaragua para rascarle la barriga y sacarle un real de tripa... ¿Dónde está este sinvergüenza que no tiene valor para salir?... Con permiso, señores, háganme el bien de dejarme pasar si no quieren que les dé una jincadita... Cochón, ¿dónde te habías escondido...? Aquí está Tano Montes que es muy hombre —. Y lanzaba un grito inarticulado, estridente, salvaje, como serían los que oyeron los españoles a los indios cuando entraban con ellos en batalla. (87)

Dos asuntos me interesan de esta cita. El primero está relacionado a la virilidad, que en la cita aparece como el asunto de ser ‘muy hombre’. Al respecto, la virilidad se manifiesta como violencia en la relación hombre-hombre. En ese sentido, es una competencia establecida por demostrar quién es más hombre, y el recurso de la violencia física aparece como el criterio de definición de este estatuto.

Por otro lado, la virilidad manifestada como violencia parece ser un recurso de los sujetos en situación de subordinación para hacer frente y trascender el vínculo de sujeción. Montes, a quien el contrato hacendatario obliga a ser fiel y abnegado siempre, recurre a su virilidad cuando está borracho como estrategia de fuerza para desdecir su sujeción. En un contrato que opera más de forma moral que jurídica, la virilidad parece ser el recurso exclusivo con el cual plantar lucha a una figura de autoridad, también masculina, como la del patrón. Solo de esta manera es posible que la cultura oligárquica, ilustrada en la narrativa costumbrista de Chamorro Zelaya, pueda escuchar la voz de la servidumbre, aun si solamente sea capaz de traducirla racializándola, representándola como “grito inarticulado”, trasladándola al pasado de las guerras de invasión, y no reconociéndole contemporaneidad e igualdad de condiciones.

En Nicaragua, se usa popularmente la frase “se le metió el indio” para señalar que una persona se pone violenta en cierta situación y ya no resuelve las cosas con palabras –como lo podría hacer Chamorro Zelaya, por ejemplo–, sino que usa la violencia como único medio de tratamiento del conflicto. Tal hecho es lo que señala Chamorro Zelaya al asemejar el grito de Montes con los escuchados por los españoles a los indios durante las batallas de invasión. Así, se puede ver que, además de concentrarse en una descripción del cuerpo de Montes, como se vio antes, lo cual ya es sintomático del tratamiento de su identidad, Chamorro Zelaya usa un tropo racial propio de la cultura oligárquica nicaragüense para interpretar o traducir culturalmente el comportamiento de los sectores subalternos. De esta manera, reforzar su tratamiento o representación cultural como sectores que son violentos, que gritan, que son salvajes. A la representación racial de “Chico Nicaragua”, que se vio antes cuando se le llama “negrote”, se suma la de Monte como indio gritón y arrecho.

En la misma escena de la cita anterior, Carvajal desempeña su rol de patrón civilizado y se acerca a Montes, ahora no solo siervo sino indio salvaje, para tratar de evitar que apuñale a alguien en la plaza pública. Veamos cómo en el breve diálogo que tienen encontramos un debate en el que el primero de ellos trata de imponer orden sacando a luz su condición de autoridad como patrón, mientras Montes recurre a su masculinidad viril como recurso para problematizar y tensionar el vínculo de sujeción con Carvajal. Obsérvese la cita:

No bien lo hubo visto Alvaro, bajóse a la calle e increpando a Tano le dijo:

—¿Qué es esto Tano? Dame ese puñal y vente conmigo...

—Yo no me voy con nadie—respondió Tano blandiendo el puñal—. ¿Dónde está ese cochón de Chico Nicaragua para enseñarle que soy muy hombre?

—¡Tano! —dijo Carvajal queriendo imponerse—. Yo soy tu patrón, dame ese puñal.

—¡Aquí no hay patrón que valga...! ¡Soy muy hombre y el que se me ponga en frente se va de espaldas...! (87)

Esta cita subraya y confirma que el recurso de Montes para negar el poder que la autoridad del patrón tiene sobre su persona es su hombría. Ello indica que el temor de la oligarquía con el consumo de alcohol era también un temor a manifestaciones de la virilidad violenta, como estas, que podían desarrollar una fuerza de desconocimiento del orden y autoridad hacendataria y del hacendado mismo. Pero, ¿qué hacen los letrados de la oligarquía frente a esta situación amenazante? Recurren a la cultura y a su poder de crear y transformar las identidades. Si en el caso de Chico Nicaragua Chamorro Zelaya creaba una amenaza al convertir a un criado en un sujeto monstruoso y enfermo, en este caso opta por convertir al mandador de campo en una bestia irracional, un animal, como es claro en la cita que copio a continuación:

Tano Montes estaba en el colmo de su borrachera. Había llegado al extremo donde toda noción de respeto es una befa. Aquel criado tan bueno, tan abnegado, tan amante y respetuoso de sus amos cuando estaba en sana salud, por virtud del aguardiente se convertía en una fiera irracional, en un salvaje que solo se sacia con riñas sangrientas. ¡Dichosos los pueblos que con gesto heroico han proscrito de su suelo el terrible elixir

que convierte a los hombres en bestias fieras, y acaba de hacer de tales bestias fieras, seres idiotas y degenerados! (88)

Como se puede apreciar en esta cita, mientras el criado cumpla con el comportamiento que le demanda el contrato hacendatario –bueno, abnegado, amante y respetuoso de sus amos– era una persona en “sana salud”. De lo contrario, si el criado violaba el contrato y desdecía el amor a su patrón, se convertía en una “fiera irracional”, un ser salvaje y sediento de violencia y sangre. A pesar de que la vinculación primaria de los criados y trabajadores a la hacienda es de carácter laboral, el discurso es predominantemente moral. No se construye un discurso que trate a los criados como trabajadores con derechos, garantías y obligaciones, sino un discurso que diferencia entre amos y siervos y que demanda fidelidad moral y vital. Además, los ve como criados abnegados o como animales, bestias feroces.

El recurso literario de la animalización, a mi parecer, sirve al siguiente objetivo: deslegitimar cualquier intento de problematizar el orden hacendatario y la autoridad del patrón. Por tanto, para mantener este orden bajo control, es vital negar políticamente a los sujetos en situación de subordinación, como criados y trabajadores. Mientras sean considerados como animales irracionales, sus voces no pueden escucharse en la arena pública o solamente son escuchados como “gritos inarticulados y estridentes”, como ya antes se vio que traduce la cultura letrada.

La transformación cultural anunciada por el caso de Montes es la transformación de un trabajador abnegado en una bestia furiosa, hecho que se sitúa en el terreno de la animalización como estrategia de producción de otredad. El predicamento es que los siervos contienen –incluso aquellos que parecen fieles y abnegados– el gen de desconocimiento, violencia, furia, que prácticas sociales como el consumo de alcohol pueden desencadenar en cualquier momento. Cuando Montes estaba borracho era sencillamente un sujeto incontrolable.

Existe un principio de desconfianza perpetua en torno al estatuto de la servidumbre, solamente gestionable a través de “mano dura”, esto es, una autoridad que ejerza un control permanente sobre sus personas. La desconfianza responde al principio hacendatario de que la paz social está fundada sobre la no muestra marcada de las diferencias sociales, pero sí bajo el respeto y claridad con respecto a quiénes mandan y quiénes sirven y obedecen. La frase “todas son iguales”, popularmente utilizada para señalar la desconfianza hacia las trabajadoras domésticas, es una muestra de la vigencia del contrato hacendatario en nuestra sociedad.

El hecho de que en la novela la transformación de siervo fiel y abnegado a sujeto peligroso que desconoce la autoridad se produzca a través del consumo de alcohol es un ejemplo de cómo literatura y política se complementaron para reforzar un control sobre la población del campo. A la vez que se publicaba esta novela, se promulgaban leyes y reglamentaciones orientadas a controlar el consumo de alcohol y la vagancia. De hecho, la novela aporta mucho a la comprensión del interés permanente de la oligarquía por controlar el consumo de alcohol, al mostrar que consideraban que ponía en peligro su autoridad.

¿Cultura y/o política?

Inicié este trabajando afirmando, como hipótesis metodológica, que la cultura es un archivo que contiene lo político —en su doble sentido: de contenido y de sostén—. En mi análisis, localicé los rasgos generales del proyecto conservador, y su propuesta de la paz social hacendaria como núcleo sostén de la autoridad política y distribución del poder. En este proyecto, la configuración literaria de la servidumbre funciona como estrategia de poder al servicio del conservadurismo y su orden hacendario. En ninguno de los casos analizados, “Chico Nicaragua” y Tano Montes, el estatuto de servidumbre se discutía en el terreno político.

La terminología de significación era de otro carácter. Oscilaba entre la racialización de las identidades y su conversión en enfermedad y peligrosidad social. En ambos casos, su configuración literaria respondía al propósito de consolidar la autoridad oligárquico-conservadora como la moral ideal de autoridad, no solo dentro de la hacienda sino a nivel nacional, pero usando la hacienda de prototipo o modelo nuclear. También, respondía al objetivo de mantener a la servidumbre bajo sujeción y control. Un ejemplo de ello es la necesaria desconfianza que novelas como *Entre dos filos* invitan a tener sobre la servidumbre. En el análisis del caso de Montes, quedó claro que no se puede confiar en los criados porque, aun y cuando pueden parecer el trabajador más abnegado y fiel, en cualquier momento pueden desconocer e irrespetar la mano que les da de comer, según dice la cultura hacendaria. Sin duda alguna, la desconfianza que pende sobre la servidumbre en el ánimo social incide sobre el estatuto de sus ciudadanías. Este es un asunto que no tuve oportunidad de profundizar en este trabajo, pero que será necesario desarrollar en futuras investigaciones.

Entre dos filos forma parte de un repertorio más amplio de documentos de cultura publicados en la década de 1920 por intelectuales de la restauración oligárquico-conservadora. En esos textos, se puede analizar cómo estos caballeros católicos, Chamorro Zelaya en mi caso de estudio, elaboraron una narrativa cultural coherente y complementaria con el esfuerzo político por sedimentar una moral de autoridad al que las identidades populares sirvieran de soporte y agencia, pero no de problematización. El ejemplo que elegí en este trabajo para mostrar lo anterior fue el de la servidumbre y los criados de haciendas.

A pesar de estos esfuerzos desarrollados a nivel cultural y de política legislativa, por mencionar dos aspectos que ilustra la biografía de Chamorro Zelaya, la conversión de las identidades de la servidumbre en otredades vía su animalización demuestra que la producción del lazo de autoridad no fue tarea fácil de lograr. Como ilustré con el caso del mandador de la hacienda de los Carvajales, Tano Montes, el esfuerzo dirigido a asegurar el respeto hacia el orden hacendario podía verse amenazado en una fiesta cualquiera de pueblo, como vimos que sucedió durante las fiestas de Santa Ana del municipio de Nandaime.

Por otra parte, la animalización constituye una estrategia del poder letrado para mantener a la servidumbre en un estatuto de subordinación política. Se puede ver esto en los dos personajes estudiados. En el de “Chico Nicaragua”,

criado del hacendado y prestamista Robles, a través de su conversión en una metáfora propia de los monstruos literarios y del vocabulario médico-racial. También, en el caso de Tano Montes, quien es transformado en amenaza, peligro, furia, violencia; en fin, una fuerza necesaria de controlar y vigilar. En ambos casos, representarlos como monstruos enfermos y bestias irracionales era una estrategia de poder clave para fomentar su subordinación política y marginación social, lo cual niega toda posibilidad de que estas identidades entrasen en el ámbito del reconocimiento político.

En futuros trabajos, estudiaré otras producciones culturales para seguir analizando las tesis aquí discutidas y brindar un panorama más amplio de cómo la cultura funcionó como estrategia de poder al servicio del proyecto político del conservadurismo de inicios del siglo veinte. El análisis aquí realizado es un punto de partida del funcionamiento esencialmente social de la literatura, tal y como lo propuse en las primeras páginas al citar a Foucault. El texto literario integró a los sectores populares en su narrativa social con un signo negativo que, en mis casos de estudio, hizo de la servidumbre su único espacio de vida útil y legítimo. Como contrapunto, el signo positivo radicó en la proyección de la moral hacendaria como *la moral pública nacional*.

Obras citadas

- Chamorro Zelaya, Pedro Joaquín. *Entre dos filos. Novela nicaragüense*. Managua: Tip. y Encuadernación Nacional, 1927. Impreso.
- Foucault, Michel. *De lenguaje y literatura*. Barcelona: Paidós, 1996. Impreso.
- Gobat, Michel. *Enfrentando el sueño americano: Nicaragua bajo el dominio imperial de Estados Unidos*. Managua: IHNCA-UCA, 2010. Impreso.
- Gómez, Juan Pablo. *Autoridad/Cuerpo/Nación. Batallas culturales en Nicaragua (1930-1943)*. Managua: IHNCA-UCA, 2015. Impreso.
- Kòjeve, Alexandre. *La noción de autoridad*. Buenos Aires: Nueva Visión Argentina, 2006. Impreso.
- Link, Daniel. "Enfermedad y cultura: política del monstruo". En: Bongers, Wolfgang y Olbirsch Tania (comps.). *Literatura, cultura, enfermedad*. Buenos Aires: Paidós, 2006. 249-265. Impreso.
- Monte, Antonio. *Paisaje/Sujeto/Nación. Turismo e inversión en Nicaragua (1892-1940)*. Managua: IHNCA-UCA, 2017. Impreso.
- Montes, Segundo. "El campesino salvadoreño". *Revista Española de Antropología Americana* 11 (1981): 273-284. Impreso.
- Rodríguez, Ileana. *Primer inventario del invasor*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1984. Impreso.